

La Cuestión del Espíritu en el Pensamiento de Hartmann

Nicolai Hartmann (1882-1950) desarrolló en la contemporaneidad un poderoso discurso en relación a uno de los problemas fundamentales de la Filosofía: el del ser.

Para él no hay ninguna cuestión estrictamente filosófica que no desemboque directamente en la ontología. No puede el idealismo, como tampoco el subjetivismo, evitar tratar, al menos, la “apariciencia” de lo que es. Inevitablemente, pensar es siempre pensar acerca de “algo.” Pensamos “algo” y no más bien nada.

En este afán por desarrollar y fundar la filosofía como ciencia *del ente en cuanto ente*, Hartmann se encuentra influenciado por Aristóteles, Kant y Hegel. Es posible también reconocer ciertos rasgos debidos al influjo de la fenomenología, aun cuando no se apropie de ella plenamente. El recurso limitado a la fenomenología es comprensible dado que ésta se queda, hasta cierto punto, rondando el fenómeno, la aparición, la mera costra del problema, sin perforar el “*ser-así*.”

La razón de que estas influencias — y otras (que otros autores reconocen) — contribuyan a conformar el pensar de Hartmann se debe a que no está interesado en un sistema completo de filosofía, tarea — por otra parte — difícil de realizar partiendo del variado mosaico de recursos. Hartmann está más interesado en los

problemas, antes que en los sistemas. Su filosofía es una filosofía de las aporías.

Ese carácter no sistemático de su labor intelectual no impide, sin embargo, afirmar que es Nicolai Hartmann de los pocos que en el Siglo XX han hecho causa común el abordar lo epistemológico, lo ontológico, lo ético, lo estético, tanto como la filosofía de la naturaleza, la filosofía del espíritu, etc.

Ferrater Mora, juzgando la tarea intelectual hartmanniana, afirma que “Hartmann ha tratado *problemáticamente* del *sistema de la filosofía*.”¹ Bochenski, por su parte, establece que:

*Ya pasó el tiempo de los sistemas: lo que realmente pesa en las obras de los grandes filósofos, ... no son los sistemas sino los problemas.... Hartmann ha escudriñado en una forma original y grandiosa la naturaleza del problema.*²

Julio César de León, Licenciado en Filosofía por la Universidad de San Carlos (1985), Licenciado en Teología por la Universidad Mariano Gálvez (1986), y Doctor en Filosofía por la Universidad Rafael Landívar (1996), es actualmente catedrático en la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Francisco Marroquín.

El mismo Hartmann en la introducción del Tomo I de su *Ontología*, subtítulo *Fundamentos*,³ indica que se ocupará de problemas tales como:

—Si las categorías son formas del pensamiento o rasgos fundamentales de los objetos existentes: si existen *in mente* o *in rebus*.

—Si las leyes “científicas” son conexiones existentes en la naturaleza o constituyen meras leyes del pensar científico.

Se trata pues de vérselas con problemas. Al abordarlos, según él mismo lo expresa, evita caer en los equivocados enfoques en que han caído algunos. Lo común ha sido, de hecho, quedarse en lo preliminar: en la *relación* del conocimiento y el ser; o confundir la cuestión del ser mismo con la cuestión de *cómo se da*; o confundir la cuestión del ser mismo con el “objeto” referido al sujeto—la persona, el hombre o el “ser-ahí.”

En este trabajo, se realiza (I) una exposición breve de la concepción hartmanniana del mundo real como gradación: de lo inorgánico al espíritu; (II) una referencia también sucinta de las categorías y las categorías-leyes de la realidad; y finalmente, (III) un intento por comprender las características de ese grado del mundo real que es el Espíritu.

Bochenski dice que:

... por lo que respecta a las esferas del ser distingue Hartmann dos esferas primarias, la del ser real y la del ideal, que también designa como modos del ser, y dos esferas secundarias, la esfera del conocimiento y la esfera lógica.⁴

De las esferas primarias nos interesa la del ser real así como, dentro de los niveles determinados por Hartmann, nos orientamos específicamente hacia la dimensión Espíritu.

I. El Mundo Real Como Gradación.

Hartmann escapa al riesgo de reducir la ontología a antropología filosófica. Puede, por el contrario, afirmarse que su antropología surge de su doctrina del ser, de lo que él denomina la fábrica de este mundo. Es dentro de este mundo de donde únicamente surge el hombre. El hombre, por tanto no es una mónada leibniziana, cerrada, acabada, completa en sí y por sí. Más bien se encuentra insertado en el ser; éste lo envuelve y lo influye. Toda alteración en las condiciones de vida externas conduce a una adaptación o a la extinción.

Descubrir esta elemental verdad puede hacer del todo aceptable la posición propia de algunos especialistas en el campo de la filosofía resumida en la expresión: la ontología no tiene por qué devenir en antropología. Ciertamente el hombre ha alcanzado alturas mayores que las del aristotélico *zoon politikón*; pero no se trata de un estrato nuevo, único, diferente. El hombre es aún materia, organismo, psique y espíritu. Es decir, los estratos del mundo real pueden diferenciarse y manifestarse en los diferentes grados de los entes (planta, animal, hombre, nación, etc.), pero los grados del mundo real son distintos a las gradaciones existentes entre los entes, aunque aquellos se manifiesten en éstos.

Hartmann, en cuanto a los estratos del mundo real, parte de que las “oposiciones” de corte hegeliano o cartesiano, no son

suficientes. No basta con oponer materia a espíritu, cosa extensa a cosa pensante, naturaleza a espíritu.

Acerca de esta dualidad no habría nada que alegar si su contenido fuese suficiente. Pero no es suficiente. El mundo real no es tan sencillo como para poder agotarse en el esquema de una sola oposición.⁵

Así, rechaza Hartmann esas posiciones "populares" en el ámbito de la metafísica, como rechaza de igual modo las reducciones monistas sean de corte espiritualista o materialista. Para él, el mundo real tiene por lo menos cuatro estratos:

...hay dentro de lo que se llamó sumariamente naturaleza un claro límite divisorio entre lo viviente y lo carente de vida, lo orgánico y lo inorgánico; ... Y asimismo se ha puesto de relieve dentro de lo que se llamó espíritu una incisiva diferencia de esencia entre los procesos psíquicos y los dominios de contenidos objetivos de la vida colectiva del espíritu,⁶

Materia — lo inorgánico —, lo orgánico, lo psíquico y lo espiritual. El estrato más extenso es el material. El estrato menos difundido es el superior: el espíritu. No toda la extensión de lo inorgánico participa de lo orgánico. A la vez, únicamente los organismos altamente desarrollados participan de lo psíquico, y tan sólo en una especie de los seres vivientes existe el espíritu.

Desde las partículas elementales hasta los sistemas solares, el cosmos entero participa de lo inorgánico. Sobre él se erige lo orgánico que entra en una intrincada red de relaciones. Entre estas está la "relación de sobreconformación" que consiste en que las formaciones del

estrato inferior son la "fábrica" del superior: vienen a ser sus elementos; no se pierden sino sirven de base. Y esta sobreconformación es posible sólo porque las categorías, en cuanto que estructuras, son las mismas en ambos niveles: Tiempo, espacio, estado, proceso, causalidad, acción recíproca. Pero en cuanto y en tanto en el estrato superior surgen nuevas categorías denominadas, apropiadamente, "novum," dicho estrato viene a diferenciarse del anterior. Gracias a ello en lo orgánico aparecen categorías tales como metabolismo, asimilación, desasimilación, reproducción, proceso morfogénico, autoregulación.

Las nuevas categorías, aprovechando las del estrato anterior y dándoles una forma más alta, constituyen la relación de sobreconformación.

Sobre lo orgánico surge lo psíquico que aparece como *conciencia*. Fundado sobre lo orgánico y lo inorgánico, este estrato es vida interior, mundo inmaterial e inespacial, en el cual las matemáticas nada tienen que hacer. De este modo los actos psíquicos — pensamientos, sentimientos, pasiones, deseos y querer — constituyen elementos distintos a los encontrados en los estratos anteriores e inferiores. Lo que se da aquí ya no es una relación de sobreconformación sino una de sobre-construcción.

Lo que afirma Hartmann es que la relación de sobreconstrucción se caracteriza por dejar "pasar" al estrato superior sólo una parte de las categorías del estrato inferior. ¿Qué tenemos aquí entonces? Pues las categorías de causalidad, de acción recíproca, de proceso y de estado, así como la de tiempo. Si bien los procesos fisiológicos son importantes en lo psíquico, lo psíquico es

algo diverso, distinto, de donde la relación entre ambos no deja de ser enigmática.

Al elevarnos al cuarto estrato, encontramos que entre éste y los tres restantes también se da una diferencia muy particular. Igual que sucedió con lo espiritual y los dos "inferiores," puesto que lo psíquico es inespacial mundo interior. En el estrato espiritual nos encontramos ante una región que resalta por su supraindividualidad. Aquí ya no funciona el principio de individualidad propio de lo psíquico. El espíritu es común: la moral, la religión, la ciencia; el espíritu de una nación, de una época. El espíritu persiste, se mantiene de manera diferente a como persisten y se mantienen lo inorgánico, lo orgánico y lo psíquico. El espíritu hay que apropiárselo, aceptarlo, y esto por medio de un proceso lento y penoso. El espíritu es un orden, un todo unitario, pero que nadie es capaz de poseer en sí mismo. Un *novum* propio de este estrato espiritual es la conservación por la transmisión, la recepción y el aprendizaje. Se trata del espíritu objetivo de Hegel saneado del substancialismo por el cual Hegel hacía del individuo mero accidente.

La ontología se enfrenta, pues, antes que nada, con problemas ontológico-categoriales. La "fábrica" del mundo real está sujeta a las categorías. A cada estrato corresponden sus propias categorías. Pero hay unas categorías con carácter aún más fundamental de las que dependen las citadas anteriormente.

II. Las Categorías Fundamentales.

Aunque es posible afirmar que a cada estrato de lo real corresponde un estrato de categorías, no obstante hay un tipo de categorías que trascienden los cuatro

estratos del mundo real: son *categorías fundamentales* situadas por debajo del estrato material. Son la base de la fábrica del mundo real, son principios de los principios especiales de cada estrato.

Según Hartmann, es asunto que atañe directamente a la teoría general de las categorías la cuestión de las categorías fundamentales. En la multiplicidad categorial pueden distinguirse claramente tres grupos: las categorías modales, las categorías elementales de carácter estructural y que toman la forma de correlativos miembros opuestos, y, finalmente, las categorías-leyes o leyes categoriales.

Las categorías modales conciernen a la manera de ser. Caracterizadas por dejar intocadas las cuestiones estructurales y la fábrica misma del mundo, estas categorías modales son: la posibilidad, la efectividad y la necesidad. Nos hacen entender que ser posible significa que se encuentran presentes todas las condiciones para que un suceso tal se efectúe. Estas condiciones suficientes permiten que el suceso en mención tenga lugar efectivamente. Esto porque la presencia de las condiciones suficientes constituyen, de hecho, la necesidad. Así pues, todo lo que en este mundo real viene a ser posible se hace efectivo puesto que la posibilidad da ya la efectividad. Las categorías de carácter estructural y que se manifiestan en pares de contrarios, incluyen la forma y la materia, el elemento y el complejo, la unidad y la multiplicidad, la cualidad y la cantidad, lo continuo y lo discreto, etc.

El tercer grupo de categorías, las categorías-leyes, tienen que ver con la estructura de las categorías, en tanto que leyes en base a las que se construye la fábrica misma del mundo real. Son: la ley del retorno, la ley de la variación, la ley de lo "*novum*," la ley de la distancia de los

estratos, la ley de la fuerza, la de la autonomía del estrato inferior frente al superior, la ley de la materia y la ley de la libertad.

Con todas estas categorías-leyes, Hartmann soluciona el problema metafísico de la unidad del mundo. No partiendo de un solo principio — espiritual o material — sino viéndolo como un complejo, como un sistema precisamente interrelacionado por las leyes categoriales. Esta visión estratificada del mundo se aleja de las visiones perecidas de la antigüedad (Plotino, por ejemplo) en que carece de un principio teleológico que pudiese identificarse con Dios en algún momento. Para Hartmann no existen pruebas que favorezcan ni una metafísica del espíritu ni una de la materia, pero sí las hay, y en abundancia, a favor de su red de relaciones establecidas por las leyes categoriales.

III. El Espíritu y sus Características.

El Espíritu presupone, se sustenta en y supera todas las categorías de los grados inferiores. Dice Hartmann:

En cuanto es este espíritu objetivo real, está sustentado siempre justo por un ser no espiritual, a saber, por la estratificación entera del ser inferior.

Y como el espíritu no puede darse a menos que exista la conciencia individual, agrega Hartmann que:

como la conciencia real no existe por su parte sin el sustentador orgánicamente viviente, ni el organismo a su vez sin el ser material físico sustentante, está necesariamente supuesta ya en el ser espiritual y sus categorías la

*gradación entera de las categorías inferiores.*⁷

Queda aquí suficientemente expuesta la idea de que lo espiritual no es una gradación del ser aparte, desconectada, del resto como todos los dualismos ontológicos han pretendido establecer. Es una instancia ontológica superior sí pero no ajena ni desconectada de los grados inferiores.

Lo anterior no significa tampoco que los fenómenos morales o jurídicos sean explicables por mero recurso a lo físico, mecánico y material. Estos factores son ciertamente “condiciones” que merced a la *ley de sobreconstrucción* subyacen al espíritu pero que han sido superadas gracias a la *ley del novum*. De esta manera quedan criticadas las posiciones del naturalismo y del materialismo. Hartmann acota:

*Las teorías que reducen la conciencia y el ser espiritual al ser orgánico y material, ... quieren explicarlo por el ser inferior, creyendo tener con las categorías inferiores bastante para comprender el ser superior sin novum categorial.*⁸

Fracasan estos monismos reduccionistas, mecanicistas y materialistas, por ignorar las diferencias y las distancias inter-estratos existentes.

Otra característica del espíritu es que es histórico y por ende conformador de la individualidad. Todos los fenómenos espirituales — convicciones, valoraciones, formas de vida, prejuicios, tendencias; el lenguaje, el derecho, las costumbres, el arte, la religión, la ciencia — son cuestiones de índole histórica. Constituyen, estructuran nuestra individualidad a la vez que proveen unidad a la diversidad de individualidades. Afirma Hartmann:

*La vida espiritual no es nunca cosa del individuo, por más que el individuo sea en cuanto persona un ente cerrado y sui generis. Lo que es la persona, no lo saca ésta simplemente de sí misma. Lo toma, al desarrollarse, de la esfera espiritual dentro de la cual se desarrolla.*⁹

Aún allí donde el individuo se manifiesta plena e innegablemente no se puede entenderle del todo si se hace caso omiso del espíritu. La singularidad humana es incomprendible en sí y por sí; sólo se entiende a partir de esa totalidad que es el espíritu circundante.

Pero Hartmann no cae en el absolutismo espiritualista de Hegel. El espíritu objetivo hegeliano es *substancia* única de la cual la personalidad, la individualidad, no es sino una expresión meramente accidental. Hartmann, no sólo salva la realidad individual en cuanto que psíquica sino que insiste en la supra-individualidad de lo espiritual.

Es la particular manera de ser de la espiritualidad lo que ha conducido a proponer tesis metafísicas — entre otras la de Hegel. Ciertamente pueden los fenómenos espirituales ser descritos y aprehendidos como los demás fenómenos del mundo. No obstante, dice Hartmann:

*Enigmática resulta, en cambio, su manera de ser. No basta comprobar que es un modo de realidad espiritual. Pues no tiene la forma que conocemos por el espíritu personal. No es sujeto, ni conciencia. Ni por su contenido, ni en el tiempo se agota en la conciencia del hombre individual.*¹⁰

Pero al rechazar la sustancialidad hegeliana del espíritu objetivo, no se ha solucionado la forma de ser de éste. La

cuestión de la unidad y la totalidad de la vida cultural es un problema candente que sólo puede resolverse con una seria investigación ontológica.¹¹ Es parte no agotada del ser en cuanto que ser. Al momento de dar a la luz pública el primer volumen de su *Ontología* (1934) Hartmann apuntaba que la ontología aún se hallaba suficientemente atrasada como para

*bastarse para esta tarea y agregaba, lo que hoy podemos hacer es, a lo más, sólo un previo trabajo fenomenológico: la descripción de los procesos y relaciones típicas en la vida del espíritu objetivo.*¹²

Agregamos a continuación algunos otros señalamientos que hace Hartmann respecto al espíritu, y lo hace en una especie de dialéctica. Al igual que el espíritu personal, el espíritu objetivo es real, individual, existente y temporal. Esta temporalidad es la misma del mundo. Pero no sólo se encuentra en proceso sino que *es* proceso; no es sustancial como sucede con lo que se halla atado a procesos naturales. Es inespacial a la vez que se encuentra vinculado al espacio. Está instalado en el mundo real con el que guarda una cierta dependencia pero domina y se impone dadas las potencias que le son propias.

El espíritu objetivo no se limita a ninguno de los individuos pero tampoco consiste simplemente en el agregado colectivo de éstos; no es sinónimo de sociedad aunque no puede darse sin la presencia de agrupaciones humanas. Constituye, eso sí, la totalidad de la vida espiritual de una sociedad, de una época, en tanto y en cuanto se desarrolla en una sociedad humana. Pero no acepta que sea una substancia universal, sin más. Ya

quedó dicho: es único, irrepetible, histórico.

Por otro lado, el espíritu objetivo, a la vez que conforma al espíritu individual, a la persona, se da él en y por medio de los individuos. No se hereda, puesto que es diverso de lo biológico; más bien se transmite, gracias a la ley de la tradición.

Como palabras finales de este trabajo, bien vale la pena citar al mismo Hartmann:

*Lo que de un modo efectivo se mueve, transforma y desarrolla históricamente, son las formas espirituales, auto-creadas, de los pueblos: el derecho, la política, las costumbres, el lenguaje, el saber, etc. Son siempre formas de una comunidad, pero no tienen de suyo la forma de la comunidad. Pues no constan, como ésta, de individuos, sino de una multiplicidad de contenidos que son comunes a los individuos.*¹³

Notas

¹José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, 5a ed. (Madrid: Alianza Ed., 1984), Tomo 2, p. 1140.

²I. M. Bochenski, *La filosofía actual*, 2a ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1951), pp. 228-29.

³Nicolai Hartmann, *Ontología (I Fundamentos)*, 2a ed., trad. de José Gaos (México: Fondo de Cultura Económica, 1965).

⁴Bochenski, *op. cit.*, p. 232.

⁵Hartmann, *Ontología (III La fábrica del mundo real)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), p. 211.

⁶*ibid.*, p. 211.

⁷*ibid.*, p. 560.

⁸*ibid.*, p. 561.

⁹Hartmann, vol. I, p. 12.

¹⁰*ibid.*, p. 13.

¹¹Personalmente me he ocupado de la cuestión de la cultura y de su incidencia en la conformación del antropos en otros trabajos — véase, por ejemplo, *El animal-que-sigue-normas: Estudio genético-sistemático de la antropología subyacente a la obra de Friedrich August von Hayek*, Tesis Doctoral, Universidad Rafael Landívar, Facultad de Humanidades, Depto. de Letras y Filosofía (Guatemala, 1996), especialmente los capítulos III y V.

¹²Hartmann, *op. cit.*, p. 14.

¹³*ibid.*, p. 28.